



v

## EN BUSCA DE ARMAS. EL PASO A LA ETERNIDAD

La causa principal que originó el desorden anárquico y violento de la guerra de independencia fue la falta de armamento. Las tropas realistas disponían de limitado número de fusiles; pero como tenían los puertos abiertos y libres las comunicaciones con la metrópoli, pronto allanaron tal obstáculo.

En cambio, los insurgentes se vieron forzados a emprender la guerra popular, supliendo con el número la falta de fusiles y de cañones. En una obra de crítica histórica (*La guerra de independencia. Hidalgo.—Iturbide*, por Francisco Bulnes), al rechazar el cargo formulado contra Hidalgo, de haber adoptado como forma de guerra la popular y desordenada, se reconoce con justicia que la falta de armas no permitió al iniciador escoger entre la guerra por hordas y la guerra de forma militar.

No tuvo Hidalgo tiempo ni fortuna para alcanzar el triunfo. Le faltó algo que en Morelos fue genial: la capacidad guerrera, compuesta de vigor físico, de valor personal, astucia, inteligencia y crueldad serena, don de mando y de organización, todo el conjunto complicado que forma los grandes generales.

La primera campaña de Morelos fue una penosa marcha en busca de armas. No podía tener un plan combinado y amplio, y se caracteriza por los rápidos y breves movimientos, los combates casi personales y los rasgos de astucia, compensando la pobreza de elementos. Es la campaña de formación, en la que Morelos aprendió a ser soldado y a formar ejércitos, teniendo por talleres y arsenales las filas enemigas.

En los “Anales de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo”, se publicó una carta inédita de Morelos fechada en Huetamo

el 3 de noviembre de 1810 y dirigida al doctor don Francisco Díaz de Velasco en el rancho de la Concepción, Nocupétaro. Este documento es interesante por los datos que proporciona respecto a la iniciación de la carrera militar de Morelos. Dice en lo esencial: "Anteayer llegué a ésta con dieciséis indígenas de Nocupétaro, y hoy cuento con doscientos noventa y cuatro hombres de a pie y cincuenta a caballo... Pueblos enteros me siguen, queriendo acompañarme a luchar por la Independencia, pero les impido diciéndoles que es más poderosa su ayuda labrando la tierra para darnos el pan a los que nos lanzamos a la guerra. Es grande la empresa en que estamos empeñados pero Dios nos guiará hasta ponernos en la tierra santa de libertad. Me acompaña el indígena Marcelino, quien como usted sabe dispuso de trescientos pesos del Estanco y aseguró su pago con el rancho de la Concepción. Le ordeno a usted por la presente que venda de mis intereses lo que fuere necesario para sacar los trescientos pesos a que me refiero y hacer dicho pago, entregando el rancho de la Concepción al Gobernador de los indígenas del citado pueblo. Lo que sobrare de mis bienes lo repartirá por igual a sus hijas que son mis ahijadas."

En el mismo mes de noviembre se dirigió con su improvisada tropa hacia Zacatula, atravesando la provincia de Michoacán con rumbo a la costa.

El virrey no disponía en estas comarcas más que de la guarnición de Acapulco, protegida por la fortaleza de San Diego, y de las compañías de milicias provinciales, formadas por paisanos voluntarios, que por no haber tenido hasta entonces oportunidad de entrar en acción, se hallaban desorganizadas e incapaces.

El capitán de las milicias de caballería de Zacatula, Marcos Martínez, aceptó agregarse al incipiente ejército con 50 hombres armados. Se aumentaron el efectivo y el armamento de las tropas con poco más de 100 hombres y 50 fusiles tomados en Petatlán, aprovechando la ausencia del capitán de la compañía de milicias del lugar, y, desde luego, asumió Morelos actitud ofensiva. Amenazó la población de Tecpan, donde el comandante veterano de la tercera división de milicias, capitán Juan Antonio Fuentes, había organizado algunas tropas. Pero este jefe, apenas se aproximaron los insurgentes, se retiró hacia Acapulco, perdiendo por dispersión gran parte de su gente, que aumentó con sus armas las filas de Morelos. En la misma población, que siempre fue muy grata al caudillo, adquirió el valioso refuerzo de los hermanos Galeana, que no sólo llevaron su contingente personal, sino

hombres y armas, incluyendo un cañón para salvos, primer elemento de la artillería del ejército insurgente del sur.

Los Galeana eran campesinos acomodados, y sus nombres figuran honrosamente al lado del de Morelos, principalmente por don Hermenegildo, que ilustró su vida con episodios heroicos y juntó la bondad del corazón, la fuerza del brazo y el extraordinario valor.

Siguió creciendo en igual forma la tropa de Morelos, hasta 3,000 hombres armados, aunque no todos con fusil, que se establecieron en el campamento de Aguacatillo, después de pasar por el Zanjón y Coyuca.

El 9 de noviembre emprendió su avance hacia el rumbo de "El Veladero", tomando el camino de la playa con el grueso de la columna y por el camino boscoso, esperando juntarse con los indígenas de Atoyac, que por no hablar bien el español eran llamados "los naturales". Al cabo de dos días, Morelos, con sus principales jefes, acampó en el pequeño pueblo "Pie de la Cuesta", lugar convenido para reunirse con los "naturales" de Atoyac. Después de un día de espera, Morelos quiso investigar personalmente por qué no aparecían los "naturales", y tomando el camino por donde había de encontrarlos, a poco de andar escuchó entre un espeso palmar multitud de voces. Ordenó que se les marcara el "¿quién vive?", y como no conocían estos gritos de guerra y mucho menos el modo de contestar, resultó que cuando oyeron la voz amenazante de hacerles fuego, contestaron con las exclamaciones de "¡¡ Santo Dios!!" Al escuchar estas palabras Morelos se adelantó, y llegando hasta ellos, les trató con amabilidad, diciéndoles:

—No, hijos; cuando oigan estos gritos, contestarán: "La América", o "La Virgen de Guadalupe".

Seiscientos insurgentes, a las órdenes de Cortés y Valdovinos, quedaron hostilizando la plaza de Acapulco, y procuraban cumplir las órdenes de Morelos cortando las comunicaciones. El 1º de noviembre de 1810 fueron atacados por una parte de la guarnición realista, trabándose entonces el primer combate. En esta ocasión ambos combatientes se retiraron por creerse vencidos, aunque con provecho para los insurgentes, que, advertidos por un muchacho tambor, pudieron al fin salvar su propio armamento y recoger el enemigo. Morelos se aproximó a cuatro leguas del sitio del combate, y recibió en sus filas a los nuevos adeptos, salidos de Acapulco, con que regresó a su campamento, ya atrincherado y con obras de fortificación pasajera.

Hasta aquí puede tenerse por terminada la primera fase o preliminar de la campaña. La adquisición de armamento fue el principal

objetivo. Se redujo a la impotencia a la guarnición de Acapulco y se impidió la organización de las milicias provinciales. Con los elementos de estas milicias, que Morelos ahogó en su cuna, quedaron los jefes realistas privados de los recursos que en otras regiones permitieron a Calleja organizar su ejército del centro.

Los progresos de Morelos obligaron al gobierno virreinal a mover tropas de otras provincias a las órdenes del capitán Francisco Paris, comandante de la quinta división de las milicias de Oaxaca. Este jefe obtuvo algunas ventajas para las armas realistas, derrotando al insurgente Valdovinos en el Arroyo Moledor, al mismo tiempo que la compañía de milicias de Chilapa, mandada por Guevara, suegro de don Nicolás Bravo, triunfaba sobre los independientes Martínez y Cortés.

En cambio, don Miguel de Avila, apostado en El Veladero, hizo retroceder a los realistas de la guarnición de Acapulco, que salieron a atacarlo a las órdenes de Fuentes, y rechazó en el Paso Real de la Sabana una de las tres columnas en que Paris las dividió.

Aprovechando Morelos sus relaciones con el capitán Tabares, subordinado de Paris, logró que una parte de sus tropas, mandada por Julián de Avila, sorprendiera al jefe realista en su campamento, en la noche del 4 de enero de 1811, obteniendo un triunfo.

Algo semejante hubiera sucedido en Acapulco, donde se contaba con la connivencia del artillero José Gago, que había ofrecido entregar la plaza.

Gago hizo insinuaciones a Morelos por conducto de un vecino de Acapulco, llamado Loreto. Fingiéndose sobornado, recibió 300 pesos, ofreciendo en cambio embotar con sebo los cañones del fuerte. Morelos hizo una marcha nocturna de la Sabana hasta el cerro de Las Iguanas, frontero al castillo, y permaneció a la expectativa hasta las cuatro de la mañana del día 8 de febrero, en que, habiendo visto la señal convenida, hizo adelantar su tropa en dos fracciones: una, por el lado norte de la fortaleza, y otra, por el baluarte que estaba frente a la batería, al poniente; pero como quiera que la fracción que iba a las órdenes del angloamericano Elías se adelantase a la de Avila, debiendo haberse presentado simultáneamente ambas, la guarnición del castillo rompió el fuego, secundado por siete embarcaciones que se hallaban en la bahía, tratando de aniquilar a la columna insurgente, que se aventuraba demasiado y que tuvo que retirarse desordenadamente.

Según Bustamante, por esos días se comprometió el artillero Gago a entregar a Morelos la fortaleza de San Diego de Acapulco. Aceptó Morelos la propuesta y distribuyó su tropa por varios puntos, teme-

roso de que fuese una traición (como algunos de sus buenos oficiales se lo dijeron) y en el caso de una pérdida o derrota ésta no fuese general. Convínose en que la señal de entrada sería un farol en el punto de los Hornos. Así se verificó a las cuatro de la mañana (en febrero de 1811). “La tropa americana llegó hasta la punta del castillo, y de adentro dijeron estas precisas palabras: ‘¿Vienen ahí el señor cura Morelos y el comandante Tavarez?’ Respondiéndole que no. ‘¡Fuego!’, dijo el castellano Carreño; y comenzó al instante una descarga general de artillería, fusilería y lanchas cañoneras preparadas de antemano; pudiera haberse buscado con tanta luz una aguja del suelo, según iluminaba el fulgor de tantas armas disparadas simultáneamente; la calle del Hospital se llenó de tanta metralla que al día siguiente se recogía como arena. Sin embargo, no fue proporcionado el estrago a tanto aparato, pues sólo murieron 14 hombres, y hubo algunos heridos, quedando metidos dentro del foso, a quienes fusilaron al día siguiente. La tropa echó a correr, y para contenerla, Morelos tomó la delantera y se valió del ardid de tirarse en el suelo en el punto de Ojo de Agua, que era preciso tránsito; de modo que al llegar a él los negros se contenían por respeto, temerosos de hollarlo; tal consideración le tenían. ‘¿Por qué huyen ustedes? —les preguntó blandamente—; ¿no estamos fuera de peligro?’ De este modo los reunió y calmó.”

De todos modos, Morelos tuvo que retirarse, por la aproximación de más tropas realistas. Poco después tuvo que marchar a Tecpan, pasando por el campamento de la Sabana, en busca de alivio a sus males.

Quedó como jefe de los insurgentes el coronel Francisco Hernández, mientras las tropas del gobierno recibían como nuevo jefe al sargento mayor de Dragones de España, don Nicolás Cosío, que reunió los dispersos de Paris a las tropas de refresco traídas de Oaxaca, y reclutó alguna gente en la región llamada la Costa Chica.

Cosío inició sus operaciones en el mes de marzo, y en combinación con Fuentes, que mandaba en Acapulco, atacó los campamentos de la Sabana y las Cruces. Fuentes tuvo éxito y logró ocupar el punto de las Cruces; pero Cosío fracasó en sus movimientos.

El fracaso de Cosío le hizo perder el mando, nombrándose para sustituirlo al teniente coronel Fuentes, veterano español, que había prestado buenos servicios en la península.

Morelos, entretanto, salió de Tecpan a inspeccionar las posiciones de El Veladero, y después de mejorar las fortificaciones de este punto, emprendió su marcha hacia Chilpancingo.

En esta segunda fase de la campaña, el gobierno virreinal, como queda dicho, se ve forzado a recurrir a nuevas tropas, separadas de sus provincias, para atacar a un enemigo que empieza a hacerse de temible fama. Al principio, por necesidades tácticas y obligado a ocurrir a diversos puntos lejanos; después, por enfermedad que lo hizo permanecer inactivo en Tecpan, Morelos no toma parte personalmente en todas las acciones de guerra, y son sus generales, recién formados, los que llevan el peso de la lucha.

La parte final de la campaña se desarrolló en un escenario más vasto y de mucho mayores elementos, y las tropas insurgentes fueron ascendiendo desde la costa hasta el valle del Mezcala.

El jefe español Cosío ofreció a Morelos indulto, y lo mismo que lo haría más tarde varias veces, contestó con una firme negativa. En alguna ocasión en esta época, dio a su cuartel general que se encontraba en el Paso de la Sabana el nombre de Paso a la Eternidad, no porque él mismo creyera encontrarse en camino hacia la eternidad, como se ha interpretado a veces con intención romántica, sino que, a manera de burla y donaire decía que quien se atreviera a atacarlo pasaría de allí a la eternidad. Este hombre, dijo Bustamante, jamás perdía su buen humor, aunque se hallase en los mayores conflictos.